rogaría por ese *Diario*, la aventura literaria por antonomasia, obra de una vida poderosa y sensual, ligera y espiritual, suma de los trabajos de un escritor que bordó un arte de la vida, y un arte de la muerte, una sapiencia de asno burlón que nos retira la trascendencia a cambio del amor propio y el afecto por los pecados, las manías y las vanidades del prójimo, compañía dialogada que, a un lector como yo, le habló claro de la enfermedad como una llave. André Gide, el enemigo de la superstición y del anatema, fue un hombre esencialmente sano que sufrió las enfermedades físicas y morales para ofrecer, a través de su *Diario*, esa salud del alma que es la sabiduría sin promesa.

Nota

[1] Maria Van Rysselberghe, *Los cuadernos de la "Petit Dame", I, Notas para la historia auténtica de André Gide, 1918–1929*; Alianza Editorial, Madrid, 1976, pp. 248–249.

[Vuelta núm. 239, 1996]

Incitación que copia a la vida

Alberto Girri

Volcado a astucias, a movilizar
cuantas dotes para ardides te atribuyas,
y exaltarlas,
un escrutinio
de lo que contengas de sagaz, mañas,
de mente estratega, meticulosa,
en lo posible
a pleno sol, en que nada hay oculto,
ceden las desconfianzas,

y sueltamente, espiándote
cual un forzar sin forzar, persuasorio,
no importen los cerrojos,
tú, guardián
de tus decretos, y quien los facilita,
lábiles las huellas de haber hurgado,
y de ti mismo distante:
neutro deslizarte por lo espiado,
sin crear vínculos, nada
que te provoque culpas, alarmas.

Como que operaras
en un país extranjero del que antes
sólo conocías mapas, peligroso de emboscadas,

y de donde luego fugas,
las cuentas de tus proezas ordenas,
y qué pusiste en el juego,
ese tanto
de lo que todo espía debe poner, intrepidez,
un mucho de latente frustración,
mucho de afán exhibicionista.

[Vuelta núm. 182, 1992]